



LA MONTAÑA DE CAMELO

MIGUEL SEGUÍ

ESCENA I

En escena hay una mesa con dos sillas, un sillón orejero y varios percheros de los que cuelgan ropa de bebé y paraguas. Sobre la mesa hay un cenicero, un paquete de tabaco y un libro de cuentos. El PADRE está sentado en una de las sillas, meciendo un carrito antiguo de bebé. Mira de vez en cuando el libro de cuentos.

PADRE: Veamos, ¿por dónde iba? Ah, sí: (leyendo) "... y los dos osos sarnosos se comieron a sus siete crías y colocaron sus siete calaveras en geométricas posiciones. Equivocadamente adoctrinados por el Zang Shu bailaron con las moscas de la putrefacción y sus orgías fueron placenteras y abundantes. Fin". ¿Te ha gustado el cuento? (silencio). Muy bien hijo, pero hoy no leeremos más. (Silencio). He dicho que no leeremos más. Tú no sabes leer y empiezo a no tener voz. Hoy es el día de vivir. De vivir y morir. Vivir y morir. Mucho cuidado con alterar el orden de las ecuaciones. Ha de ser así y así será. Un coseno mal representado, una ecuación mal teorizada o una expresión algebraica más expresada y el día se echaría a perder. Todo un día a la basura por una expresión algebraica mal expresada.

Ahora quiero que veas una cosa. (PADRE se saca una cajita del bolsillo y de ella saca una cadena). Esta cadena de oro perteneció a tu bisabuelo. Una cadena de oro que él mismo robó de una joyería en San Petersburgo hace mucho tiempo. Sí hijo, la robó. Porque en aquella época se pasaba mucha hambre y robar estaba moralmente aceptado por la Iglesia. Así que la robó. Y por esa misma razón tu abuelo, hombre lampiño y de carácter combatiente, también robó a tu bisabuelo en su lecho de muerte. Atesoró éste presente en su pecho mientras robaba, robaba por su cuenta y sin distinción. Y por esa misma circunstancia fue robado y vilipendiado. Y la cadena, durante muchos años estuvo en manos de un hombre extraño al que nunca habíamos visto y mucho menos saludado. Así que no tuve otro remedio y le robé la cadena. La robé y me escondí. Me escondí para conservar la cadena. Y aunque otros muchos de mis bienes más preciados fueron robados a su vez, yo mantuve la cadena en mi posesión. Hoy es el día en el que esta cadena, por primera en su existencia de forma voluntaria, cambia de manos. (PADRE echa la cadena dentro del carrito. Luego saca al niño y lo mece en sus brazos). Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

Entra DOCTOR. Lleva una bata blanca absolutamente llena de sangre y un maletín de médico. Se limpia las manos con un trapo también lleno de sangre.

DOCTOR: Señor. El parto ha ido de maravilla.

PADRE (al hijo): Hijo mío. Ahora he de hablar con este señor. Ve con tu madre que estará encantada de verte.

El PADRE mete al bebe en el carrito, junto con el cuento y empuja el carrito violentamente que sale de escena.

PADRE: Perdone doctor, estaba practicando. ¿Podría repetirme lo que acaba de decir?

DOCTOR: Le he dicho que el parto ha salido de maravilla. Uno, como médico que es, está acostumbrado a que la vida de sus pacientes se escape de sus manos continuamente. No hay día, tarde o noche en el que un doctor no se tenga que enfrentar a la dura realidad, que es la muerte de sus pacientes. Día tras día, hora tras hora. Una montaña sanguinolenta de cuerpos inertes que pusieron su confianza en mis manos y yo no pude hacer nada para salvarlos. Nada. Y de hecho se me ha acusado directamente de ser yo el causante de sus muertes. Como si un cerdo no pudiese disfrutar de su propia comida, ¿sabe a lo que me refiero? Pero en el caso de su mujer, todo ha salido a pedir de boca. Un caso extraño. Uno de esos casos a los que un doctor, tarde o temprano a de enfrentarse.

PADRE: Era un parto. ¿Qué tiene eso de extraño?

DOCTOR: ¿Que qué tiene de extraño? ¿Ha asistido a un parto alguna vez?

PADRE: No

DOCTOR: Yo he asistido a más 1.300 partos. Y en el 90% de ellos el resultado fue catastrófico. En un par de ellos llegó a fallecer la familia entera. Todos. Es muy difícil que un bebé adulto supere el trago del parto.

PADRE: Es verdad, lo llaman "El mal del alumbramiento". Los bebés nacen totalmente descuartizados. Han de sacar los miembros uno a uno con un fórceps.

DOCTOR: En algunos países, en cambio, el hecho de que tu hijo primogénito nazca totalmente desmem-

brado es señal de abundancia y plenitud. Para familias pobres y sin recursos, el nacimiento de un bebé totalmente segmentado es todo un acontecimiento, y lo celebran durante días y noches. Abren botellas de champán y comen hasta reventar.

PADRE: Empiezo a comprender.

DOCTOR: Sí. Aquí quizá no seamos tan civilizados, pero un hijo sano, en contra de las habladurías más arcaicas, también puede traer algunas satisfacciones.

PADRE: Creo que en mi caso sí que prefiero que mi hijo tenga todos sus miembros en su sitio.

DOCTOR: Entonces tenemos mucho que celebrar. Abriré una botella de champán (el doctor abre su maletín y saca una botella de champán).

PADRE: ¿Suele llevar champán en su bolsa de médico?

DOCTOR: De hecho, en mi bolsa de médico sólo llevo champán. Champán y un termómetro.

PADRE: ¿Es usted alcohólico, doctor?

DOCTOR: Mire, por ahí viene su mujer.

Entra la MUJER. Lleva un camisón blanco. Está despeinada y presenta un aspecto cansado y deplorable. La parte baja del camisón también está desproporcionadamente llena de sangre. Llega a la mesa, enciende un cigarro le da una calada pausada; lo apaga y se dirige al sillón.

MUJER: (al PADRE) El parto ha ido bien, por si te interesa saberlo.

PADRE: Me interesa, me interesa (se levanta). Estoy muy orgulloso de ti, mi amor (le PADRE le besa apasionadamente y pone su mano en la entrepierna ensangrentada. La MUJER le coge la mano).

MUJER: No creo que sea el momento.

PADRE: Sí, tienes razón.

DOCTOR: ¿Usted también querrá champán? Creo que se lo ha ganado.

MUJER: Estoy preocupada por la salud de mi hijo, doctor.

DOCTOR: ¿Dónde está su hijo, señora Pinperate?

MUJER: ¿Pinperate? No me llamo así, ¿por qué me llama así?

DOCTOR: Bueno, me lo dijo su marido esta mañana cuando llegué a su casa.

PADRE (la MUJER): Es una larga historia, luego te lo contaré.

DOCTOR: Da lo mismo. ¿Dónde está su hijo, señora?

MADRE: Me da miedo amamantar a ese niño. Ya tiene dientes.

PADRE: ¿Cómo va a tener dientes? Sólo tiene 20 minutos de vida.

MADRE: ¿Por qué no entras en la habitación y lo compruebas por ti mismo? Tiene dientes doctor. Unos hermosos, rígidos y blanquísimos dientes de leche. Además, ha aumentado su tamaño misteriosamente. ¿Es mi hijo un monstruo?

DOCTOR: Sí.

MADRE: ¿Sí que lo es?

DOCTOR: No, disculpe. Mi "sí" era a la pregunta anterior de su marido de si soy alcohólico. Con respeto a su hijo he de decirle que no, no es un monstruo.

MADRE: ¿Entonces qué le sucede?

DOCTOR: Me temo que para despejar las dudas sobre la dolencia de su hijo tengo que hacerle un test médico. Sólo serán unas preguntas. Unas preguntas personales que sólo podrá responder usted, señora. Usted y sólo usted. Bajo ningún concepto piense que este test está elaborado para otra persona que no sea usted y así será hasta el fin de los días sin ningún tipo de excepción. ¿Le ha quedado claro?

PADRE: Sí.

DOCTOR (al PADRE): Recuerde lo que acabo de decir, el test es para su mujer. Para ella y sólo para ella, usted no ha de responder.

PADRE: Perdón.

DOCTOR: (a la MADRE) ¿Está preparada?

MADRE: Sí.

DOCTOR: Bien. (el médico saca un enorme papel de su chaqueta y lo despliega) (a la MADRE). ¿Tiene un boli?

MADRE: ¿Eso ya forma parte del test?

DOCTOR: No. Es para tachar las respuestas.

MADRE: Oh. No llevo ninguno a mano.

PADRE: Yo sí llevo uno. Tenga. (PADRE saca un boli de la chaqueta y se lo entrega al MEDICO).

MEDICO: Muchas gracias. Bien, ahí la va primea pregunta: ¿Es usted virgen o lo ha sido alguna vez?

MADRE: No (pausa). Es una pregunta estúpida.

MEDICO: Lo sé. De hecho es una pregunta trampa. Si hubiese respondido "sí" me habría marchado de esta casa inmediatamente. Muy bien, pues hemos acabado con el test.

MADRE: Entonces, ¿es mi hijo un monstruo?

PADRE: ¡Sí!

MADRE: ¿Eso es lo que piensas de tu hijo?

PADRE: No, disculpa, cariño; el sí era para el doctor. (al Doctor). Doctor, ¿recuerda que esta mañana, cuando me ha preguntado por el historial médico de la familia; que lo necesitaba para elaborar los preparativos del parto, y yo le he respondido que seguramente los tendría en casa de mis madres, y que ellos los traerían esta tarde, pero que al no saber nada de ellos, quizá ni siquiera vendrían a celebrar el nacimiento de mi hijo y que por lo tanto, con toda seguridad no dispondría de ese historial, y entonces usted ha insinuado que quizá debido a una negligencia por mi parte podría haber perdido ese historial y yo le he asegurado categóricamente que no, que no los había perdido? ¿Lo recuerda?

DOCTOR: Algo recuerdo.

PADRE: Le mentí. Sí, perdí el historial. Llevaba con los remordimientos todo el día. He creído conveniente sincerarme con usted en este preciso momento.

DOCTOR: Vale.

MADRE: ¿Podemos ocuparnos del problema que le atañe a mi hijo, Doctor?

DOCTOR: Sí, la verdad es que iríamos más rápido si conseguimos aplacar la necesidad de contestar preguntas olvidadas del pasado en los momentos más confusos e innecesarios.

PADRE: Estamos preparados para lo que sea, Doctor.

MADRE: Sí, Doctor. No escatime en detalles, por muy desagradables, inmorales o viscosos que sean.

PADRE: Eso doctor. Sea conciso sobre todo en los detalles viscosos.

MADRE: Un detalle viscoso puede ser la diferencia entre hacer bien las cosas o hacerlas completamente mal.

DOCTOR: Esta bien, si es lo que quieren seré brutalmente sincero con ustedes. Allá voy.

DOCTOR se va.

PADRE: Supongo que serán extravagancias de médico.

MADRE (abofetea a su marido): El niño está enfermo y es por tu culpa.

PADRE: Todavía no sabemos si está enfermo.

MADRE: Yo sí lo sé. Ha salido de dentro de mí y lo sé. Toda madre lo sabe.

PADRE: Mi madre no supo que era epiléptico hasta que cumplí 30 años.

MADRE (abofetea): Tienes el mismo gen sucio y ponzoñoso que tenía tu padre. Parecía que nunca iba a pasar de ser un maldito gen enfermo, pero por fin ha terminado su obra. Ha culminado un trabajo que se empezó a gestar en las mugrientas carnes de todos tus sucios antepasados durante generaciones y generaciones y que ahora ha repercutido en el pequeño cuerpo de tu primogénito.

PADRE: ¿Me estás culpando de los genes de mi padre?

MADRE: No debí tomarme aquel café.

PADRE: ¿Qué café?

MADRE: Aquel café contigo. Ahí empezó todo.

PADRE: Recuerdo muchos cafés, pero no sé cuál de ellos empezó de algo.

MADRE: El día de la constitución. En la cafetería “El segador”. Ese día. Ese café. Luego nos fuimos a tu casa e hicimos el amor frente a la chimenea.

PADRE: Ese no era el día de la constitución. Recuerdo tomarme un donut y un vaso de leche en el “El segador”, pero tú ni siquiera estabas.

MADRE: El día de la constitución, el día de la tormenta eléctrica. Te pedí que encendieras la chimenea y recuerdo el olor del café en tus labios. Ese café con el que me conquistaste.

PADRE: Recuerdo conquistarte el día de la tormenta, pero no en “El segador”. Pude tomarme un café por la mañana, y quizá también me tomé uno por la noche.

MADRE: Tú nunca tomas café por la noche, y mucho menos en “El segador”.

PADRE: En “El segador” el día de la tormenta, me tomé ese donut con leche con mi padre. Él fue quien encendió la chimenea. El café debí tomármelo contigo, pero no el día de la constitución y mucho menos en “El segador”.

MADRE: Fui conquistada y forzada frente a la chimenea que tú mismo encendiste, después de salir del “Segador”. ¿Qué pinta tu padre en todo esto?

PADRE: Mi padre es el que enciende las chimeneas. No pude estar contigo en “El segador” el día de la constitución tomando café, si luego me tomé el donut con mi padre, que encendió la chimenea donde te conquisté y forcé.

MADRE: ¿Admites que me forzaste frente a la chimenea el día de la Constitución?

PADRE: Te forcé el día de la tormenta, después de conquistarte. Pudimos salir del “Segador”, pero no fue después del café. Mantengo mi argumento.

MADRE: ¿Niegas que el día de la constitución, el día de la tormenta eléctrica no te tomaste un café antes de forzarme y después de conquistarme frente a la

chimenea que tú encendiste?

PADRE: Niego que el día de constitución no te forzase, de la misma manera que no pude tomarme un café durante la tormenta si no había encendido antes las chimenea.

Entra el DOCTOR vestido de camarero.

DOCTOR: ¡Yo lo recuerdo todo!

PADRE Y MADRE: ¡Doctor!

DOCTOR: El día de tormenta eléctrica, el día de la Constitución yo trabajaba en “El Segador”. (al PADRE) Recuerdo que te tomaste un café con tu padre. (a la MADRE) El donut con leche lo tomó usted. Ni siquiera estaban sentados en la misma mesa. Usted miraba la tormenta por la ventana y soñaba con un mundo mejor, y usted hablaba con su padre, pero su padre ni siquiera le miraba. Fue su padre quien se bebió el café antes de ir a encender la chimenea. Fue su padre quien pagó las dos cuentas en “El segador”, y fue su padre quien engulló los donuts con leche mientras usted conquistaba y forzaba a su mujer. Tengo fotos de todo lo que sucedió aquel día. Esto lo demuestra todo.

El DOCTOR saca un montón de fotos y se las entrega al MATRIMONIO. Comienzan a mirar las fotos.

PADRE: Dios santo, todo es cierto.

MADRE (al Doctor): Usted no debería meterse en la vida de la gente.

DOCTOR: Sólo hago mi trabajo.

Sale la MADRE.

PADRE: ¿Por qué va vestido de camarero?

DOCTOR: Un cirujano ha de trabajar de todo.

PADRE: Le agradezco que me haya echado una mano.

DOCTOR: Sólo quiero que impere la verdad.

PADRE: ¿De dónde sacó las fotos?

DOCTOR: ¿Qué fotos?

El PADRE se mira las manos y descubre que ya no

tiene las fotos. Música de misterio (Las fotos habrán sido escondidas disimuladamente antes de que se vaya la MADRE para que dé la impresión de que nunca estuvieron allí).

DOCTOR: Debería calmarse (el DOCTOR se agacha donde había dejado su bolsa de médico y saca un termómetro). Tenga, un termómetro.

PADRE: Gracias. (se lo mete en la boca)

DOCTOR: Vuelvo en seguida.

El DOCTOR se va. PADRE se queda sentado en su sillón con el termómetro en la boca y la mirada perdida. Oscuro.

ESCENA II

Se enciende la luz. Mismo escenario. El PADRE sigue durmiendo. El ABUELO se ha sentado a su lado. Mira al PADRE hasta que este se despierta.

PADRE (tocándose la boca): ¿Dónde está el termómetro?

ABUELO: Esto podría ser un sueño, así que no te preocupes por el termómetro.

PADRE: ¿Podría serlo?

ABUELO: El termómetro no tiene importancia.

PADRE: ¿Qué haces aquí?

ABUELO: ¿Sabías que tu hijo ya es adolescente?

PADRE: ¿Cómo?

ABUELO: Tu hijo ya es un adolescente. Te has perdido toda su infancia.

PADRE: ¿Qué hora es?

ABUELO: Una hora insignificante entre las diez y las ocho de la tarde.

PADRE: Deberías haber llamado antes de venir, papá. No creo que sea un buen momento.

ABUELO: Sé perfectamente en que momento estamos. He abierto la puerta con mi propia llave y he

mantenido una charla con tu hijo. Una larga charla entre abuelo y nieto.

PADRE: Mi hijo acaba de nacer.

ABUELO: Sí. Pero ya es un adolescente. Por desgracia la vida de tu hijo será corta y dura.

PADRE (hacia fuera): ¿Cariño?

ABUELO: No llames a tu mujer y afronta la situación como un hombre.

PADRE: ¿No te habrás cruzado con ella?

ABUELO: No tengo nada de lo que esconderme.

PADRE: Ella piensa que eres el anti-cristo.

ABUELO: ¿Eso te lo ha dicho ella?

PADRE: Y que tienes un gen ponzoñoso.

ABUELO: Eso me lo dijo el día de tu boda.

PADRE: ¿Lo del gen?

ABUELO: Sí, lo del gen. Lo del anti-cristo es nuevo para mí.

PADRE: ¿Por qué dices que mi hijo ya es un adolescente?

ABUELO (levantándose): Verás hijo. Te contaré una historia. Había una vez una mosca. Una mosca corriente. No hace falta que sea un tipo de mosca especial. Pero esta mosca tenía una peculiaridad en su proceso vital. (Moviéndose lentamente hacia el fondo). A esta mosca le gustaba posarse sobre tartas de frambuesa que muy amablemente le dejaban apoyada, las orondas señoras, sobre el alféizar de las ventanas. Y ella era feliz volando... (sale)

Entra DOCTOR por el otro lado con varias radiografías.

DOCTOR: Me pareció oír que hablaba con alguien.

PADRE: Creo que estaba hablando en sueños.

: ¿Dónde tiene el termómetro?

PADRE: Me lo tragué.

DOCTOR: Era el único termómetro que tenía.

PADRE: No se sulfure. Yo le compraré otro.

DOCTOR: ¿Dice que se lo ha tragado?

PADRE: Sí.

DOCTOR: No le creo.

PADRE: Ya le he dicho que le compraré uno.

DOCTOR: ¿Ha visto a su hijo?

PADRE: Me quedé traspuesto en el sofá.

DOCTOR: ¿Sabía que su hijo ya es un adolescente?

PADRE: Es lo que acabo de soñar.

DOCTOR: Su mujer está muy disgustada. Le ha encontrado un cigarro liado con sustancias estupefacientes debajo de la cama.

PADRE: ¿Eso es lo que hacen los adolescentes?

DOCTOR: Y no sólo eso. Su mujer le ha recriminado el desorden de su habitación. "Es mi habitación y la tengo como a mí me gusta", ha dicho él. "Es tu habitación, pero esta es mi casa", le ha contestado ella. "Lo que pasa es que os jode que sea feliz", ha contratado él, ya con lágrimas en los ojos. "¿Cómo puedes decir eso?", su mujer. "¿Yo no pedí nacer?", ha gritado su hijo, ha cerrado la puerta de su habitación y se ha puesto a escuchar "I have flies in my mind".

PADRE: ¿Qué es eso?

DOCTOR: Creo que es un grupo de música que está de moda hoy en día.

PADRE: Sí, pero hay algo que se me escapa. ¿Cómo es posible que mi hijo sea ya un adolescente?

DOCTOR: Verá. Se lo explicaré con estas radiografías. (El DOCTOR saca dos folios mal pintados. En uno hay un niño pequeño y en el otro el mismo niño más grande). Este era su hijo hace dos horas. Y este es su hijo ahora mismo. Quédeselas (se las da).

PADRE: Gracias.

DOCTOR: ¿Entiende exactamente de lo que estamos hablando?

PADRE: Mi hijo en dos o tres horas ha crecido hasta la adolescencia. Básicamente es lo que me acaba de decir.

DOCTOR: Eso es exactamente lo que le he dicho.

PADRE: Pero no... no creo que eso sea posible.

DOCTOR: La naturaleza está llena de casos extraños. Quizá el de su hijo sea el primer caso en la historia de la humanidad que tenga estas características.

PADRE: Entonces es verdad que mi hijo está endemoniado.

DOCTOR: Bueno, no creo que al demonio le interesase tener un lacayo con esa obsolescencia tan desproporcionada. A la hora de la merienda ya será un hombre adulto, ¿entiende? Posee una degradación celular fuera de los parámetros que una mente humana podría concebir. En parte es un milagro biológico ya que su mente crece también en proporción a su cuerpo a pesar de no haber vivido el grueso de experiencias emotivas que un cerebro necesita para desarrollarse afectiva y empáticamente con todo lo que le rodea. Y ha ocurrido aquí, en su casa. Mire (el DOCTOR le da otra radiografía con una casa mal pintada).

PADRE: Ya veo.

DOCTOR: Y llegados a este punto quisiera pedirle un favor.

PADRE: ¿Tiene algo que ver con mi perineo?

DOCTOR: No, por Dios. Ni siquiera sé lo que es eso.

PADRE: Entonces de acuerdo. Las dos últimas veces que me pidieron un favor tenía que ver con mi frenillo. Hay un dicho que reza... bueno, una especie de máxima que... da igual. Usted debería saberlo, que es doctor.

DOCTOR: Soy lo más parecido a una comadrona, pero de más categoría. Jamás me interesó, y de hecho no recuerdo nada relacionado con perineos en la escuela superior de medicina. El mismo nombre es ridículo.

PADRE: ¿Qué favor quería pedirme?

DOCTOR: Quisiera adoptar la enfermedad de su

hijo como único responsable especializado que hay en esta casa. Hacerme cargo de su dolencia de la manera más académica posible, y para su futuro estudio y profundo análisis necesita categorizarse y adoptar una nomenclatura adecuada. Ya que es una enfermedad nueva en la historia había pensado ponerle mi nombre. Usted ni siquiera ha asistido al parto, así que había pensado que no le importaría cederme ese pequeño derecho.

PADRE: ¿Cómo se llama usted?

DOCTOR: Gus.

PADRE: ¿Gus?

DOCTOR: Eso es: Gus.

PADRE: ¿“La enfermedad de Gus”? Hay algo que no me acaba de convencer. Suena a enfermedad vírica y desagradable. Lo que tiene mi hijo no se asocia con ese nombre. Quizá algo como “El mal de Gus” o “El virus de Gus”.

DOCTOR: Lo que tiene su hijo no es un virus.

PADRE: Podría ser “La fatalidad de Gus”.

DOCTOR: Mi nombre entero es Gustaffson. “Síndrome de Gustaffson” ya no suena tan vírico, ¿verdad?

PADRE: No “Síndrome de Gustaffson” tiene cierto encanto. Aunque todavía hay algo que...

DOCTOR: Espere, se lo mostraré.

DOCTOR sale. Inmediatamente después vuelve a entrar el ABUELO.

ABUELO: ... Esa mosca, después de depositar sus huevos en un cerebro humano tierno y caliente, espera a que éstos eclosionen y así sumarse sucesivamente a la gran cadena de la vida. Fin.

PADRE: ¿Padre?

ABUELO: Sí, hijo.

PADRE: He vuelto a engancharme al sueño anterior, justo en el momento que empezabas a hablar de las moscas. Pero me he perdido toda la explicación.

ABUELO: ¿Por qué piensas que esto es un sueño?

PADRE: Es lo que me has dicho antes.

ABUELO: Te he dicho que esto podría ser un sueño. En ningún momento lo he afirmado categóricamente.

PADRE: De todos modos ya te he dicho que este no es un buen momento. Mi mujer anda por aquí. Está enfadada y dolorida. Acaba de dar a luz a un niño que ya es un adolescente. Ya que, por algún motivo, ella cree que eres la reencarnación del demonio no sería buena idea que te viera aquí precisamente hoy. ¿Por qué no vuelves mañana? ¡Sí, vuelve mañana! Mañana todo será distinto. Sacaremos los juegos de mesa y beberemos café hasta la madrugada.

ABUELO: ¿Mañana?

PADRE: Sí, mañana.

ABUELO: ¿Que vuelva mañana?

PADRE: Es lo que he dicho.

ABUELO: Tú te debes pensar que yo soy imbécil o que me he caído de un árbol. ¿Cómo te atreves a mirarme a la cara y decirme que vuelva mañana a visitar a mi nieto, cuando tú y yo sabemos que mañana por la mañana estará más muerto que tu abuela Kanis?

PADRE: ¡¡Deja de hablar de mi hijo en esos términos!!

ABUELO: ¡Tu hijo no hace más que morir desde que nació! Si en dos horas se ha hecho todo un adolescente, ¿te imaginas que edad que tendrá dentro de 12 horas? No voy a venir mañana a participar en el velatorio de un viejo decrepito y consumido. Quiero ver a mi nieto crecer y haré todo lo que esté en mi mano para hacerlo.

PADRE: Aun así pienso que no es buena idea.

ABUELO (silencio): ¿Sabes cuántas veces le fui infiel a tu madre?

PADRE: Joder, ¡no!

ABUELO: Más de las que te puedas imaginar. Más de las que la moral humana podría soportar. Basé la relación con tu madre sosteniéndola en el engaño y la traición, y jamás sentí ni un atisbo de remordi-

miento. El remordimiento es una debilidad humana de lo más mojigata. Y lo hice con conocimiento de causa y disfrutando del engaño como un niño deshumanizado. Y eso que tu madre era la criatura a la que más he querido en toda mi vida. La quise hasta el día de su muerte que, por supuesto, no lamenté.

PADRE: No sé a qué viene este repentino ataque de sinceridad.

ABUELO: ¿Sabes que durante mucho tiempo se creyó que la muerte de tu madre no fue natural?

PADRE: ¡Por supuesto que no fue natural! No existe ninguna enfermedad en el mundo que haga que la cabeza se te caiga al suelo repentinamente.

ABUELO: Yo sé que durante mucho tiempo sospechaste que yo tuve algo que ver en la muerte de tu madre.

PADRE: Desde luego que sí. Tú mismo me lo dijiste.

ABUELO: Explícate.

PADRE: Una mañana entraste en mi habitación con las manos llenas de sangre y dijiste: “He matado a tu madre”.

ABUELO: ¿Y te lo creíste?

PADRE: Sí, me lo creí, porque a las pocas horas se descubrió el cuerpo decapitado y sin vida de mamá en el despacho que compartía contigo en la calle strawberry número 14.

ABUELO: ¿Y por qué tendría que haber sido yo?

PADRE: Repito: entraste en mi habitación; dijiste “he matado a tu madre” y me mostraste las manos llenas de sangre.

ABUELO: No sé por qué diste por hecho que esa sangre tenía que ser la de tu madre.

PADRE: ¿No era la sangre de mamá?

ABUELO: Sí, era la de mamá, pero podría no haber sido la de ella.

PADRE: ¿Y de quién entonces?

ABUELO: De cualquier animal porcino que encontrase por el camino. Estoy sorprendido por la rapi-

dez que tuviste en decidir colgarme el cartel de culpable sin valorar antes otras opciones.

PADRE: ¿Insinúas que pudiste desviarte cinco kilómetros para pasarte por el matadero de cerdos de la calle Emilio Veró número 13, embadurnarte las manos de sangre y luego irrumpir en mi habitación como un energúmeno y decir: “He matado a tu madre”?

ABUELO: Hay otro matadero mucho más cerca que el de la calle Emilio Veró número 13. Parece que tu memoria fluctúa sospechosamente. Se presenta fresca y precisa para los detalles escabrosos y misteriosamente se vuelve borrosa y confusa. ¿No recuerdas el matadero de la calle Candidato Aguirre número 103? ¿Tan repentinamente has olvidado su ubicación? Porque más de una vez te vi luciendo palmito en sus proximidades.

PADRE: Bueno, basta ya. Esto no tiene sentido. Intentas convencerme de algo que no pasó confesando al mismo tiempo que sí tuvo lugar. Para mí ya es cosa del pasado. Si para ti la única forma sensata de terminar una relación es decapitar a diestro y siniestro es algo que como hijo debo aceptar, aunque tampoco me siento cómodo hablando de ello. Por suerte no estuve involucrado en todo aquel extraño suceso.

Entra en DOCTOR con una cartulina donde se puede leer: “SÍNDROME DE GUSTAFFSON”.

DOCTOR: ¡Pero yo sí que estaba!

PADRE y ABUELO: ¡¡Doctor!!

DOCTOR: Ese soy yo.

PADRE: ¿Cómo ha entrado usted en mi sueño?

DOCTOR: ¿Su sueño?

PADRE: Claro, ya lo entiendo. Me encuentro en una de esas paradojas tiempo espaciales donde realidades paralelas confluyen independientes una de la otra, y en la que yo formo un extraño y onírico nexo entre las dos. Una contradicción de inverosimilitud científica que desafía los parámetros temporales y toda la conciencia humana en su totalidad.

DOCTOR: No sé de qué habla, pero me da igual. (DOCTOR y ABUELO se dan la mano).

ABUELO: ¿Cómo se encuentra Gustaffson?

DOCTOR: Ha pasado mucho tiempo, Abuelo.

PADRE: Pero padre, ¿no me habías dicho que todo esto era un sueño?

ABUELO: Te dije que esto podría ser un sueño. Es la tercera vez que te lo digo. No tomes mis palabras nunca al pie de la letra.

PADRE: No sabía que os conocíais.

DOCTOR: Por supuesto que sí. Tu padre y yo compartimos un intenso momento de nuestras vidas que jamás podré olvidar.

ABUELO: Fueron intensos, de eso puedes estar seguro.

DOCTOR (Al PADRE): ¿Sabes que durante años creímos que tu padre estaba muerto?

PADRE: ¿Ah, sí?

ABUELO: ¿Me dieron por muerto? ¿No entiendo por qué?

DOCTOR: Bueno, el caso de su mujer se complicó y...

PADRE: ¿Estuvo usted también sumergido en aquel oscuro suceso?

DOCTOR: Yo era el forense que trabajó en el extraño caso de su madre decapitada.

ABUELO: Usted no era el forense, ni siquiera llevaba bata.

DOCTOR: Ahora las cosas no son como hace 50 o 60 años. Las batas las llevan los enfermeros y los peluqueros, un forense puede ir vestido como quiera.

ABUELO: Aun así insisto en mi aseveración. Usted no era forense.

DOCTOR: En realidad no. Tiene razón. Yo ayudaba al forense oficial. Quizá se acuerde de él; moreno, estatura media.

ABUELO: Y llevaba acreditación.

DOCTOR: Exacto, llevaba acreditación.

ABUELO: ¿Qué fue de él?

DOCTOR: Murió decapitado.

ABUELO: Vaya.

DOCTOR: ¿No lo recuerda? También le estuvimos investigando por ese crimen.

ABUELO: Los abuelos solemos olvidar las cosas.

DOCTOR: Fue entonces cuando le dimos por muerto.

ABUELO: No entiendo muy bien el por qué me dieron por muerto. Jamás me moví de la ciudad. Hice vida normal. Hablaba con el panadero. Compraba el periódico todas las mañanas. Incluso salí en aquella serie de televisión.

DOCTOR: Sí, debió ser algún error burocrático. En aquella época era lo más común debido a los medios obsoletos con los que contábamos. Apenas un par de piedras y plumas para escribir.

PADRE: Parece que esté hablando usted de la edad media y aquello sucedió hace... no sé, quizá veinte años. Era la época en que mi padre regentaba aquella casa de citas.

DOCTOR: Intentamos emular el sistema de investigación de los forenses anglosajones. Pero al ser un sistema totalmente novedoso, nos vimos totalmente superados... ¿Qué mes fue aquel?

ABUELO: Debió ser el mes de agosto. "El mes de las decapitaciones".

DOCTOR: Exacto el mes de las decapitaciones. Tiene buena memoria para lo que quiere.

ABUELO: Recuerdo leerlo en el periódico y me resulto curioso. Era cierto que mi mujer había muerto decapitada, pero encontré extremadamente desproporcionado nombrar "El mes de las decapitaciones" a un mes que sólo había registrado una sola decapitación.

DOCTOR: ¿Una sola? Todas las trabajadoras de su casa de citas aparecieron decapitadas.

PADRE (irónico): ¡Vaya, qué raro!

ABUELO: ¿Así que fue por eso por lo que no volvieron al trabajo?

DOCTOR: O al menos una de las razones.

PADRE: Una pregunta, doctor. Ahora que sabe que mi padre sigue con vida, ¿piensa reabrir el caso?

ABUELO: No digas tonterías hijo. El caso está totalmente cerrado. Un grupo de putas, incluida tu madre, murieron decapitadas. Nadie reclamó sus cuerpos y nadie las ha echado de menos. Aquí el señor Ayudante de Forense, seguro que tiene cosas más importantes en la que ocupar su tiempo como para ir reabriendo casos extraños y satánicos que poco o nada positivo aportarían a su carrera. ¿No es así, doctor?

DOCTOR: Bueno, no sé...

ABUELO: Entre esas cosas está el cuidar de mi nieto. No podemos olvidar que es la vida de mi nieto la que está en juego en este momento y es la razón principal por la cual usted se encuentra en esta casa. Creo que está siendo muy grosero sacando a la luz sucesos del pasado que no harán sino enturbiar este magnífico día donde celebramos, no sólo el nacimiento de mi nieto, sino al mismo tiempo su más que probable defunción.

DOCTOR: Creo que tiene toda la razón.

PADRE: ¿Has dicho casos extraños y satánicos?

ABUELO: ¿Cómo dices?

PADRE: Hace un momento has catalogado los casos como de extraños y satánicos. ¿Cómo sabías que eran satánicos si no tenías noticias de la muerte de tus concubinas?

ABUELO: No eran mis concubinas, estúpido. Sólo trabajaban conmigo en mi casa de citas.

DOCTOR: Pero su hijo tiene razón. ¿Cómo supo el carácter satánico de esos crímenes si al mismo tiempo dice no tener conocimiento de ellos?

ABUELO: Cuando un grupo de zorras zarrapastrosas mueren en masa y además decapitadas es de recibo pensar que se debe a una especie de rito grotesco relacionado con el diablo. No he descubierto América.

PADRE: Pero también murió el forense.

DOCTOR: Cierto.

ABUELO: Ah, el forense.

DOCTOR: Y el chico de los cafés. Un buen muchacho; responsable y cumplidor. Lo encontraron en su casa de campo decapitado y rodeado de velas negras.

ABUELO: ¿También el chico de los cafés?

DOCTOR: Amén de otras muchas personas que, de alguna manera u otra estuvieron relacionadas con el caso. Casi todas, la verdad...

ABUELO: ¿Por qué no deja el asunto?

DOCTOR: De hecho, ahora que lo pienso, es todo un milagro que yo mantenga mi cabeza sobre los hombros. (Al PADRE) No te lo puedes imaginar. Murieron todos, el capital general, el conductor de ambulancia, el bedel, un par de detectives privados gemelos que siempre andaban por allí. Incluso el perro de un vecino, que no tenía nada que ver con el caso y nos dejó totalmente consternados.

ABUELO: (al DOCTOR) ¿Puedo hablar con usted un momento?

DOCTOR: Por supuesto.

DOCTOR y ABUELO se alejan un poco de padre. El ABUELO. El abuelo le susurra al oído una frase casi ininteligible en latín.

ABUELO: *Vitam regit fortuna, non sapientia.* (En cuanto termina, sin que se pueda ver, el ABUELO hiere al DOCTOR en el estómago con un objeto punzante que en ningún momento se verá).

El ABUELO sale apresuradamente de la escena. El DOCTOR tambaleante se acerca al sillón donde sigue el PADRE. El PADRE al verle la herida se retira del sillón y deja que el DOCTOR se dejó caer sobre él.

DOCTOR: Tu padre acaba de rajarme en el estómago.

PADRE: Deje que le eche un vistazo (El padre sube la camisa del DOCTOR que sangra profusamente) ¡Dios Santo!

DOCTOR: Si no recibo ayuda inmediata no tengo muchas esperanzas de seguir con vida antes de que acabe el día.

PADRE: Llamaré a una ambulancia.

DOCTOR: Hágalo. Dígalos mi nombre. Estarán aquí en unos cinco minutos.

PADRE: Muy bien.

Oscuro.

VOZ EN OFF: Cinco minutos después.

Se enciende la luz. PADRE y DOCTOR están en una postura diferente.

DOCTOR: ¿Cuánto tiempo ha pasado?

PADRE: Unos cinco minutos.

DOCTOR: Entonces ya no creo que tarde.

PADRE: ¿Quién?

DOCTOR: La ambulancia, ¿quién iba a ser?

PADRE: Pero si todavía no la he llamado.

DOCTOR: ¿Y a qué espera?

PADRE: Lo siento.

Oscuro.

VOZ EN OFF: 2 horas después.

Se enciende la luz. PADRE y DOCTOR en una postura diferente.

PADRE: No se preocupe. Acabo de llamar a la ambulancia.

DOCTOR: ¿Por qué ha tardado tanto?

PADRE: ¿No lo recuerda? Fui atacado por un oso.

DOCTOR: Oh, sí.

Oscuro.

VOZ EN OFF: Una hora y 45 minutos antes.

Se enciende la luz. El DOCTOR sigue sentado en su silla, moribundo. El PADRE está en una esquina gritando siendo atacado por un oso. La imagen dura unos 10 segundos.

Oscuro.

VOZ EN OFF: 3 horas después.

Se enciende la luz. El DOCTOR sigue sentado. El PADRE está detrás de él.

PADRE: Ya me encuentro mucho mejor.

DOCTOR: Me alegro.

Oscuro.

VOZ EN OFF: 7 minutos después

Antes de que se encienda la luz se oye un tintineo. Se enciende la luz. El DOCTOR sigue sentado. El PADRE está detrás de él.

DOCTOR: ¿Qué ha sido eso? ¿Han llamado a la puerta?

PADRE: No, he sido yo con una campanilla.

DOCTOR: Ah.

Oscuro.

VOZ EN OFF: Cinco segundos antes.

Se enciende la luz. El DOCTOR está en su sillón y el PADRE detrás de él, junto a la mesa. Coge una campanilla que hace sonar. La vuelve a dejar sobre la mesa y se acerca al sillón donde reposa el DOCTOR:

DOCTOR: ¿Qué ha sido eso? ¿Han llamado a la puerta?

PADRE: No, he sido yo con una campanilla.

DOCTOR: Ah. (silencio). Vamos, iremos al hospital caminando.

PADRE: Está bien.

PADRE muy lentamente se levanta, se quita el polvo de los pantalones, se arregla la camisa, va hacia una percha y coge su abrigo. Durante todo ese tiempo, el médico le mira atónito desde el suelo, moribundo. Cuando PADRE ha terminado toda la preparación, se gira al doctor.

PADRE: ¿Nos vamos?

ESCENA III

Mismo escenario. PADRE y MADRE están de pie, uno frente al otro, con los abrigos puestos y con bolsas de comercios en las manos.

PADRE: No tienes por qué ponerte así.

MADRE: Me pongo como me da la gana.

PADRE: Si es que al final siempre es así.

MADRE: ¿Qué quieres decir?

PADRE: Pues que habíamos quedado en olvidar el día de hoy; procurar hacer vida normal y comprarle a nuestro hijo un sombrero, y al final se ha convertido en un campo de batalla.

MADRE: Pues no debería ser así.

PADRE: Eso es lo que he dicho yo.

MADRE: ¿Que debería ser así o que no debería ser así?

PADRE: No lo sé.

MADRE: Ni siquiera sabes lo que has dicho.

PADRE: Es que no sé por dónde vas.

MADRE: ¿Cuántos sombreros has comprado? (a partir de aquí, PADRE y MADRE empezaran a colgar bombines en los percheros y a quitar la ropa de bebe de los mismos).

PADRE: ¿Incluyendo los que hay en el coche?

MADRE (exasperada): Sí, claro, incluyendo los que hay en el coche.

PADRE: Pues 7, quizá 8.

MADRE: Con los del coche son 9.

PADRE: ¿Por qué me preguntas cuantos sombreros he comprado si tienes un control tan exacto de los sombreros que he comprado?

MADRE: Para que seas consciente de lo estúpido que eres.

PADRE: Bueno, pues vale, pues son 9. Aunque éstos

2 son tuyos, porque son los que me encargaste antes de perderte en la tienda de miniaturas.

MADRE: Te dije que dejaras de comprar sombreros, no que compraras 2 más.

PADRE: Ah, vaya. Eso me dijiste.

MADRE: Sí. Quizá no me entendiste bien.

PADRE: Resulta muy fácil eximirte así de tu culpa. Si no recuerdo mal tú has comprado 3 sombreros y yo no te he dicho nada.

MADRE: Compré 1 porque perdiste 2 sombreros en la tienda de sombreros.

PADRE: No los perdí. Los dejé en el mostrador mientras iba a comprar otras cosas.

MADRE: ¿Qué cosas? ¿Más sombreros?

PADRE: Ni siquiera sabía que los de la tienda eran los que tú querías.

MADRE: ¿Te fuiste de la tienda de sombreros a comprar más sombreros?

PADRE: Es evidente que hubo un problema de coordinación. Compré 3 sombreros pensando que tú no te pasarías por la tienda de sombreros, y tú compraste un sombrero cuando en realidad tenías 2 sombreros. Cosas que pueden pasar y tienen una explicación lógica.

MADRE: Tu explicación lógica solo aclara que comprásemos 6 sombreros; pero hemos comprado 12.

PADRE: ¿No serás capaz de culparme de todos los sombreros de sobra que hemos comprado?

MADRE: Tienes el don de provocar esa descoordinación. Es lo que quiero que entiendas.

PADRE: La descoordinación suele producirse por la falta de información. Ni siquiera sabía cuántos sombreros tenía que comprar.

MADRE: ¡¡Uno!! Un puto sombrero. ¿Qué coño vamos a hacer con 12 sombreros? (De pronto cae un sombrero del techo).

PADRE: ¿Por qué había un sombrero en el techo?

MADRE (casi llorando): Estoy harta de este matrimonio.

PADRE: Ya estamos con lo mismo de siempre.

MADRE: Todo lo que tocas lo conviertes en algo grotesco, ¿no te das cuenta? Cualquier empresa que has emprendido la acabas convirtiendo en un despropósito ridículo y sin sentido.

PADRE: ¿Te refieres a aquello de...? ¿A qué te refieres?

MADRE: A todo. A todo. Ni siquiera tengo fuerzas para seguir discutiendo contigo.

PADRE: Pues qué suerte.

MADRE: Es por la forma en que llevas tu vida. E irremediamente me estás arrastrando contigo y eso, desde luego, no va a ocurrir. Antes me voy de esta casa. En realidad es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

PADRE: Es la primera noticia que tengo.

MADRE: Ni siquiera eres capaz de deshacerte de tu padre. ¿Eres consciente de eso?

PADRE: (extrañado) ¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto?

MADRE: ¿Qué que tiene que ver? Ha estado toda la tarde siguiéndonos.

PADRE: ¿Mi padre? Debes estar equivocada.

MADRE: No estoy equivocada. Cada vez que salimos a la calle acabo viéndolo. Siempre nos está siguiendo. Desde una ventana, subido en el autobús, disfrazado con bigotes falsos... pero al final siempre acabo viéndolo. ¿De verdad nunca te habías dado cuenta?

PADRE: Pues no. De hecho no estoy del todo convencido de que todo eso que estás diciendo sea cierto.

MADRE: Seguro que todavía está ahí abajo.

PADRE (dirigiéndose a la ventana): Es absurdo pensar que mi padre... (mirando por la ventana). Ah, pues sí. Está ahí abajo.

MADRE: Ya te lo dije (se acerca también a la ventana). ¿Crees que nos estará viendo?

PADRE: ¿Desde un cuarto piso? Lo dudo mucho (haciendo aspavientos). ¡Papá! ¡Papá estamos aquí! ¿Qué hace? Ni siquiera se mueve. Se dedica a mantenerse ahí parado, en mitad de la calle.

MADRE (alejándose de la ventana): A mí me da miedo.

PADRE: No has de preocuparte. Algo querrá. ¡Papá! (mirando por la ventana) qué cosa más rara.

MADRE: No quiero volver a verle.

PADRE (acercándose a su mujer). Vale. Hagamos una cosa. Volvemos al centro comercial, devolvemos los sombreros y hablo con mi padre. Los viejos son gente extraña. Si algo no les funciona bien en la cabeza se vuelven excéntricos y misteriosos. Acuérdate de tu madre. Siempre se quedaba con la mirada fija en el pasillo diciendo que había alguien agazapado en la oscuridad.

MADRE: Pero luego resultó que era verdad.

PADRE: Sí, es cierto. No es un buen ejemplo. Pero da igual.

MADRE: De todos modos, yo no pienso volver a bajar.

PADRE: No te preocupes, bajaré yo. Devuelvo los sombreros, me acerco al banco y hablo con mi padre.

MADRE: ¿Hoy no tenías una sesión de fotografía?

PADRE: Es cierto. Entonces bajo, devuelvo los sombreros, me acerco al banco me hago la sesión de fotografía y hablo con mi padre?

MADRE: Aunque ya es tarde.

PADRE: Es verdad, entonces no iré al banco.

MADRE: Lo decía por la sesión de fotografía.

PADRE. Podría ir al banco entonces. Devuelvo los sombreros y paso de la sesión de fotografía.

MADRE: Habla directamente con tu padre. Deja todo lo demás para mañana.

PADRE: Quizá ya se haya ido (se acerca de nuevo a la ventana). Ah, no, sigue ahí (abriendo la ventana). ¡Papá! Es imposible que no me oiga.

MADRE: Ven un momento.

PADRE: Voy a hablar con él.

MADRE: Olvídate de tu padre. Que se quede ahí bajo toda la noche. Hazme el amor.

PADRE: (dudando) Las colchas están limpias y los almohadones recién mullidos.

MADRE: Lo haremos aquí, en la mesa. (se sube encima de la mesa y abre las piernas de cara al PADRE).

PADRE: No puede ser. Ya sabes lo que me ocurre cuando me desnudo sobre una mesa.

MADRE: Necesito que me hagas el amor. Toda nuestra relación depende de eso. En este momento siento que todas las opciones en las que nuestro matrimonio sigue adelante depende enteramente de que me hagas el amor, aquí y ahora.

PADRE: Las cosas no pueden ser así, cariño. No se puede dar rienda suelta a las pasiones por una corazonada y jugárselo a todo o nada.

MADRE: Olvida lo que te he dicho antes. Sólo déjate llevar.

PADRE: Necesito hablar con mi padre. Siento que su mirada atraviesa las paredes y nos mira detenidamente. No puedo hacer el amor delante de mi padre. Otra vez no.

PADRE se marcha por el lado derecho del escenario e inmediatamente aparece por el otro lado el ABUELO.

ABUELO: Hola gatita.

MADRE: ¿Por dónde coño has entrado?

ABUELO: Llevo toda la tarde en esta casa.

MADRE: Eso no puede ser. Te acabamos de ver en la calle a través de la ventana. Estabas de pie en medio de la calle.

ABUELO: Es un maniquí. Hice hacer un maniquí que fuese una réplica exacta a mi persona. Nunca sabes cuándo te puede hacer falta un maniquí que sea igual que tú.

MADRE: Mi marido subirá de un momento a otro.

ABUELO: ¿Ah, sí?

MADRE: En cuanto vea que sólo eres un maniquí subirá corriendo. (pausa) A no ser que vaya al Banco, en ese caso tardaría un poco más.

ABUELO: ¿Hoy no tenía también una sesión de fotografía?

MADRE: Exacto. En el caso de que vaya al banco y a la sesión de fotografía tardará incluso mucho más en subir.

ABUELO: Aunque ya se ha hecho tarde.

MADRE: Es lo mismo que le he dicho. Ahora que lo recuerdo le dije que no fuese ni al banco ni a la sesión de fotografía. Entonces creo que no tardará nada en subir.

ABUELO (acercándose poco a poco a la mesa, donde la MADRE sigue subida con las piernas abiertas): ¿Y qué clase de fotografía se está haciendo tu marido?

MADRE (sofocada. Parece embelesada por una especie de embrujo): ¿A ti qué te importa?

ABUELO: Me interesa mucho.

MADRE: Pues se hace fotos para un tipo. Un tal Pedro Marista. Alguien que conoció en la calle.

ABUELO: ¿Qué clase de fotos?

MADRE: Fotos eróticas.

ABUELO: Menuda excentricidad.

MADRE: Le mantiene la mente ocupada. Ha estado muy deprimido últimamente.

ABUELO: Eso es porque tu marido es una persona débil.

MADRE (más embrujada): Muy débil.

ABUELO: A veces me sorprende que sea hijo mío. No ha adquirido ninguno de los rasgos de mi personalidad. ¿Tú qué opinas?

MADRE: No te conozco tanto.

ABUELO: ¿Sabes que llegué a dudar de que fuese realmente mi hijo?

MADRE: ¿Ah, sí?

ABUELO: Sí. En cuanto cumplió dieciocho años y se apuntó a clases de alfarería me hice la prueba de paternidad. Para mí desgracia dio positivo.

MADRE: Hay que querer a los hijos.

ABUELO (muy cerca de la mesa): ¿Desde cuándo toleras que tu marido se preste a ese tipo de trabajos?

MADRE: ¿Qué trabajos?

ABUELO: Trabajos de fotografía.

MADRE: No es un trabajo, lo hace por placer.

ABUELO (Ya está casi encima de ella. Mete su mano entre las piernas): placer.

MADRE: No deberías meter la mano ahí dentro.

ABUELO: ¿Por qué?

MADRE: Quién sabe lo que podrías encontrar (MADRE cierra las piernas bruscamente y se baja de la mesa).

ABUELO (ríe): ¿Sabes que eres totalmente incompatible con mi hijo?

MADRE: Tu hijo sólo es compatible consigo mismo.

ABUELO: A veces ni eso.

MADRE: Pero le quiero.

ABUELO: ¿Le quieres?

MADRE: Por alguna extraña razón le quiero, aunque nunca se lo diré a la cara.

ABUELO: Eso es mentira. Tú no le quieres.

MADRE: Sí que le quiero. Tú no puedes saber lo que yo siento por él.

ABUELO: Sí que lo sé, porque tú eres igual que yo. Y yo no le quiero. No quiero a mi hijo. No siento ningún afecto por él. Y por consiguiente, tú tampoco deberías tenerlo. Tú deberías haber sido mi hija. Si este fuese un mundo coherente la hija de mis entrañas deberías haber sido tú, porque somos iguales. No sabes hasta qué punto somos dos almas gemelas.

MADRE: Pero yo tampoco siento ningún afecto por ti. De hecho, me repugnas (MADRE se baja de la mesa). Haz el favor de marcharte de esta casa.

ABUELO: ¿Te me vas a poner brava? Si comparamos yo puedo ser mucho más despiadado que tú.

MADRE: Puede ser (cogiendo el cuchillo de la mesa), pero ahora tengo un cuchillo.

ABUELO: ¿Un cuchillo?

MADRE: Sí, un cuchillo.

ABUELO: En realidad es una navaja albaceteña, y me resulta bastante familiar.

MADRE: Puedes venir a comprobar cuán diestra soy con una de estas en la mano.

ABUELO: No te sulfures, gatita. En realidad no he venido a por ti. Dile a tu marido que me llevo a su hijo.

MADRE: Eso no sucederá.

ABUELO: ¿Ah, no?

MADRE: Además, ahora mismo mi hijo no está en casa.

ABUELO: Entonces nos volveremos a ver. Siempre es un placer venir a esta casa. (ABUELO coge un sombrero) Me llevo un sombrero.

ABUELO se pone el sombrero y sale por la parte izquierda del escenario. L MADRE se queda paralizada con el cuchillo en la mano, asustada y temblorosa. De pronto entra el padre.

PADRE: ¿Qué haces?

MADRE: (guardando rápidamente el collar). Lo siento, he sentido un pequeño mareo y he tenido que agarrarme a algo.

PADRE: Pero, ¿ya te encuentras mejor?

MADRE: Muchísimo mejor.

PADRE: Me alegro. Bueno, no te lo vas a creer. Llevaba veinte minutos hablando con mi padre hasta que me he dado cuenta de que era un maniquí.

MADRE: Ah.

PADRE (empezando a desabrocharse los pantalones): Si quieres, podríamos hacer el amor ahora.

MADRE: Eres imbécil, cariño. Un imbécil.

MADRE sale de escena. PADRE se abrocha los pantalones y se sienta en una silla. Se queda dormido.

Oscuro.

ESCENA IV

En la oscuridad se oyen gemidos y ruidos de botellas. El PADRE está medio dormido. Empieza a murmurar cosas en sueños. La luz aumenta. La estancia está llena de botellas de licor por el suelo. El padre está de pie, mirando la puerta de la habitación de su hijo. Detrás de él, en la puerta de entrada, hay un payaso con una pecera en la mano.

PADRE: ¿Hijo mío? (pregunta hacia la habitación. No recibe respuesta. Se va a sentar de nuevo en la silla cuando se da cuenta de la presencia del payaso). Hijo mío (avergonzado). Ya eres todo un hombre hecho y derecho. Creo que te debo una disculpa. El día de hoy me ha sobrepasado en todos los sentidos y no he podido ser el padre que necesitas, pero te prometo que a partir de este momento eso va a cambiar. Compartiré contigo todos los momentos maravillosos que te quedan por vivir y no me separaré de ti ni un solo momento. Te quiero mucho, hijo.

DOCTOR (quitándose la nariz y la peluca): En realidad soy yo, el DOCTOR.

PADRE (sorprendido): Coño, ¿por qué no me ha interrumpido?

DOCTOR: Bueno, era muy bonito lo que estaba diciendo. Bonito y verdadero.

PADRE: ¿Qué hace vestido de payaso?

DOCTOR: Bueno, ya le dije que un cirujano ha de trabajar de todo. Terminé una actuación en un cumpleaños y me vine aquí corriendo.

PADRE: Ya. Pero usted debería estar en el hospital. ¿Qué hace aquí?

DOCTOR: Al final la herida no fue para tanto. Me quitaron un trozo de intestino y las células madre hicieron el resto.

PADRE: ¿Células madre?

DOCTOR: Células madre.

PADRE: ¿Así de sencillo?

DOCTOR: Así de sencillo. Si hubiese tenido células madre hace tiempo las cosas me habrían ido de otra forma. Ahora los médicos se cuelgan medallas por algo que no han hecho ellos. Me hubiese gustado verles hace unos años curando gripes o neumonías sin células madre. Malditos hijos de puta.

PADRE: ¿Cómo ha entrado en mi casa?

DOCTOR: Estuve llamando un buen rato, hasta que me di cuenta que la puerta estaba abierta. En fin, hay algo importante que debemos hablar los tres y no tenemos mucho tiempo.

PADRE: Muy bien, quédese aquí. Y no toque nada. (acercándose a la puerta de la izquierda) ¿Cariño?

Parece MADRE por la puerta.

MADRE: ¿Ya te has despertado?

PADRE: Sí, ¿no te parece increíble? Debo haber pillado un virus o algo parecido.

MADRE: Tu hijo está en su habitación.

PADRE: Ah. ¿Qué hacen con todas esas botellas de licor en el suelo?

MADRE: ¿Por qué no se lo preguntas tú mismo a tu hijo?

PADRE: Bueno, prefiero que me lo digas tú.

MADRE (dejando las botellas en la mesa sin percatarse de la presencia del DOCTOR): Tu hijo ha llegado a casa con una novia y un amigo de la mili.

PADRE: ¿Un amigo de la mili? ¿Cómo va a tener un amigo de la mili? No ha hecho la mili. La mili ni siquiera existe.

MADRE: Cállate un momento. Según ese amigo, nuestro hijo tiene un grave problema de alcoholis-

mo. Alcoholismo que ha superado en sólo veinte minutos. Antes de meterse en el baño y salir hecho ya un hombre adulto. “Tengo negocios que atender”, ha dicho, y ha vuelto a su habitación. Ni que decir tiene que la novia y su compañero de mili han salido des-pavoridos de la casa. Todo eso mientras tú roncabas en la silla.

Te vendría bien saber que mientras tú duermes, el mundo sigue girando.

PADRE: Ya te he dicho que he pillado un virus.

MADRE: Estar contigo es como tener una paloma de mármol. No sé si entiendes exactamente a lo que me refiero. No puedo estar pendiente de mi trabajo y además cuidar de un hijo con unas características tan irritantes. Necesito que me ayudes.

PADRE: ¿Cómo quieres que te ayude? Ni siquiera sabía que nuestro hijo estaba en casa.

MADRE: Es que tú no te enteras de nada. ¿Sabías que tu padre se lo quiere llevar?

PADRE: ¿A dónde?

DOCTOR: ¿Sí, a dónde?

MADRE sobresaltada, se da la vuelta y descubre al DOCTOR.

MADRE: ¿Pero usted no estaba muerto, o moribundo?

DOCTOR: Células madre.

MADRE: Ah.

DOCTOR: Pero dígame, ¿qué significa eso de que su abuelo se lo quiere llevar? Eso arruinaría todos mis planes.

MADRE: ¿Qué planes?

PADRE: Lo que te comenté sobre lo de llevárselo al hospital para estudiar su enfermedad.

DOCTOR: Ahora no nos podemos echar para atrás. Además he traído todos los papeles. (DOCTOR saca una caja con muchos colores. Cuando la abre sale un muñeco sorpresa, y bajo ese muñeco saca un puñado de papeles).

PADRE: ¿Por qué lleva los papeles en una pecera?

DOCTOR: ¿Le pregunto yo por sus zapatos? Por favor, centrémonos un poco. Esto es lo importante (refiriéndose a los papeles).

MADRE: ¿Qué es eso?

DOCTOR: Verá, como ya le comenté creo que sería bueno para ustedes y para la ciencia, que yo adopte a su hijo el poco tiempo que le queda de vida, quizá sólo unas cuantas horas, para estudiarlo. Además de la cesión de derechos en cuanto al nombre se refiere. No sé si al final decidimos llamarle es mal de Gustafson.

MADRE: ¿Quién coño es Gustafson?

DOCTOR: Yo, señora. (silencio) Intuyo que la nula comunicación que hay entre los dos es la causante de esa cara de sorpresa que está poniendo.

MADRE: Sí, creo que tiene toda la razón en cuanto a lo de mi cara de sorpresa. Pero ese es un tema que ya abordaré con mi marido en cuanto tengamos dos minutos. Por favor, continúe.

DOCTOR: Como ya he dicho traigo los documentos para la cesión de derechos del nombre, su adopción y un listado completo y detallado de todos los gastos que habrán de sufragar ustedes de su bolsillo, claro está. Sólo serían 3.450 euros.

PADRE: Un momento. Usted no me dijo nada de gastos, ni de listados y mucho menos de sufragar. Creo que usted me encandiló con tanto dibujito y ahora mismo quiere tomarnos el pelo.

DOCTOR: Piense que es por el bien de la ciencia.

MADRE (señalando un punto del listado): ¿Qué es esto?

DOCTOR: Bueno, eso son mis dietas. Cinco comidas al día pienso que es una buena proporción.

MADRE: ¿Sus dietas?

DOCTOR: Sí, mis dietas. Como bien pueden observar he hecho un profundo estudio y mantengo una proporción equilibrada de proteínas y carbohidratos.

MADRE: ¿Contando con el gasto energético basal?

DOCTOR: Por supuesto.

MADRE: Entonces hay una desproporción. Con esa cantidad de pan blanco se pondrá usted en más de 1.500 kilocalorías por día.

DOCTOR: Podría ser, pero...

PADRE: Sin contar la avena, rica en vitaminas, minerales y oligoelementos.

MADRE: Que dispare las grasas saturadas si la mezcla con leche u otros productos lácteos.

PADRE: Para ello, debería combinarlo con pan centeno o pan de pita.

MADRE: O reducir los cereales a un 25% y aumentar la cantidad de carnes e hidratos de carbono.

PADRE: Eso como mínimo.

DOCTOR: Bueno, hago una reestructuración nutricional y se la paso la semana que viene.

MADRE: Da igual, no se moleste.

DOCTOR: Mantengo de momento el pan de centeno.

MADRE: Que no le vamos a pagar las dietas, se ponga como se ponga.

DOCTOR: Vale. Vale. Quito las dietas

PADRE: ¿Qué más pone aquí: 500 euros en “asuntitos propios”? ¿Es un modelo de investigación internacional que nosotros desconocemos? 500 euros en asuntitos propios, ¿de verdad?

MADRE: Y otros 300 en “cosas que puedo o no hacer”. Parece una broma.

DOCTOR: Le aseguro que no es una broma, me ofende con esa insinuación.

MADRE: “Cosas que puedo o no hacer” no lo había oído en mi vida.

DOCTOR (a la madre): ¿Usted está asociada con la medicina? No. (al padre) ¿Y usted? Tampoco. Aquí el único que tiene algo de médico soy yo. Si quieren que quite esas cantidades, lo haré. Pero no harán sino devaluar el protocolo de atención a su hijo a extremos muy muy peligrosos.

PADRE: Quítelas.

DOCTOR: Vale, lo quito. Allá ustedes.

PADRE: Y de paso quite también el apartado de globos de helio. ¡600 euros! Si me paga a mí estos 600, yo mismo le hincharé los globos.

DOCTOR: No se preocupe, también lo quito. Ahora sé lo que sintió Copérnico luchando contra un puñado de ignorantes.

MADRE: Seguro que Copérnico no necesitaba tantos cojines.

PADRE: ¿A qué viene eso de los cojines?

MADRE (señalando la lista): Pues que lo pone ahí. 350 euros en cojines.

PADRE: ¿Para qué necesita tantos cojines?

DOCTOR: Verá, los cojines son un tecnicismo médico muy culto que ustedes no serían capaz de comprender. Se necesitan años de estudios y reciclaje para entenderlo.

MADRE: Esto es una tomadura de pelo. Me da igual lo que tuviese en mente: en este momento, y por la autoridad que me da ésta, que es mi casa, anulo cualquier tipo de acuerdo que haya llegado con el imbécil de mi marido (coge todos los papeles y los rompe). ¡Mi hijo se queda!

En ese momento se oye un grito muy fuerte y desgarrador desde la habitación del hijo, que se vuelve a iluminar de rojo. Todos se quedan aterrorizados.

MADRE: ¿Vas a ir a ver qué le sucede a tu hijo?

PADRE: Mejor ve tú.

MADRE: Cobarde.

Sale MADRE.

DOCTOR: He de decir que su instinto y dedicación como padre me tiene totalmente desconcertado.

PADRE: Déjeme en paz.

Aparece el ABUELO por detrás con una bolsa de plástico en las manos, le pone la bolsa de plástica en la cabeza al DOCTOR.

PADRE: EHHH...

ABUELO: ¡No te muevas! ¡No te muevas hijo sin antes escucharme. Es muy importante que me escuches y te tranquilices!

PADRE: Pero estás ahogando al DOCTOR.

ABUELO: Puede que esa sea tu impresión. ¿Qué dijimos de no adelantarnos y crearnos falsas impresiones en situaciones que quizá requieren un punto más de raciocinio? ¿Recuerdas cuando hablamos de eso?

PADRE: Pues no, la verdad no lo recuerdo.

ABUELO: Piensa hijo. Respira hondo y piensa.

PADRE: No... no puedo pensar mientras ahogas al DOCTOR.

ABUELO: ¿Ves lo que te decía? Otra impresión precipitada. Puede parecer que estoy ahogando al DOCTOR, pero hasta que no te tranquilices, cierres los ojos y pienses profundamente en lo que está pasando, nunca llegarás a tener una impresión acertada de la realidad que te rodea. Así que cierra los ojos.

PADRE: No puedo.

ABUELO: ¡Cierra los ojos!

PADRE: ¡Vale!

ABUELO: Ahora, describe lo que pasa por tu cabeza.

PADRE: Veo... veo un paisaje lleno de niños... (Mientras el PADRE habla el abuelo sigue ahogando al doctor. Él cae al suelo muerto). Es un paisaje forestal, pero en lugar de árboles hay toboganes. Y del húmedo césped crecen gominolas y palotes. Y allí juegan los niños bajo la atenta mirada de sus padres. Pero uno de los niños se destaca de los demás y se acerca a su padre que le da un tazón inmenso de leche amarga llena de moscas. El niño bebe una y otra vez de ese tazón, hasta que decide tirarlo al suelo y acercarse a su madre, que le alarga un biberón de leche fresca. Y esa decisión lo cambia todo y lo convierte en mejor persona, mientras el resto de la jauría infantil bebe de esa leche agria paterna, y se pierden para siempre en mitad de aquella montaña de caramelos.

ABUELO: Vale, vale; ya puedes abrir los ojos...

PADRE abre los ojos y mira al DOCTOR en el suelo.

PADRE: Ya sabía yo que lo estabas ahogando.

ABUELO: Mira el lado positivo. Al menos no le he cortado la cabeza. Ahora, si no te importa, voy a hacerle una visita a mi nieto.

El ABUELO se dirige hacia la habitación del niño. El PADRE no se lo impide.

PADRE: Creo que llegas tarde.

ABUELO: Puede ser.

ABUELO se mete dentro de la habitación. Inmediatamente después sale la madre como por empujada por alguien.

MADRE: ¿Qué hace tu padre aquí?

PADRE: No lo sé. Quizá estaba dentro de casa desde el principio.

MADRE: ¿Por qué le has dejado entrar en la habitación de tu hijo?

PADRE: Bueno, me amenazó. Tuve que elegir. Al fin y al cabo yo tengo mucho más que perder que nuestro hijo.

MADRE: Eres un monstruo insensible y despiadado. Incluso más que tu padre.

PADRE: Cariño, escucha...

En ese momento se oye un grito horrible y deformado que viene del interior de la habitación. Hay un momento de silencio.

PADRE: ¿Hijo?

En ese momento sale el ABUELO. Algo rejuvenecido. Con una larga melena. Se acerca al padre y le pone una mano en el hombro.

ABUELO: Papá.

FIN

MIGUEL SEGUÍ



MIGUEL SEGUÍ
20 de diciembre de 1978

Es el presidente de la Cía. Marsupial, autor de todas las obras que ha representado la compañía profesionalmente. Ésta nace en el 2004 con la obra *No temas al enterrador*, estrenada ese mismo año en el Espacio Inestable. La Compañía se aleja del teatro convencional para producir Monólogos y Cafeteatro, donde llegó a la final del Circuito Café Teatro en dos ocasiones, y teatro de pequeño formato con *Preciosos y muertos*. Su faceta como autor se ha prodigado más lentamente que la de actor, donde ha trabajado con algunas de las compañías más importante de Valencia, representando obras como *Don Juan*, *Temporada Baja*, *La tossuderia*, etc... participando activamente con la Escuela del Actor en casi todas las lecturas dramatizadas que representar en el Palau de les Arts.

Su trabajo como autor también le ha permitido hacer teatro familiar teatro familiar, escribiendo y dirigiendo obras como *Hazme reír* y *Los Mosqueteros Generación X*. Desde el primer momento, Miguel Seguí quiso que todos los textos de la Compañía tuvieran ese carácter cómico y absurdo tan peculiar. Con *La montaña de caramelo* da un paso más adelante, y junto con Toni Misó se monta esta obra en la Sala Ultramar con una tremenda acogida.